

notas sobre la glosolalia

El mes de Julio de 1979 tuve ocasión de escuchar a una muchacha francesa de 23 años, internada en el Hospital Psiquiátrico Sainte Anne, que nos fue presentada en orden a precisar su cuadro clínico.

Entre las diversas definiciones que nos ofreció de sí misma, una me llamó particularmente la atención. La muchacha afirmó que ella era «glossolale».

Una vez terminado el trabajo del Hospital, sentí el deseo de investigar sobre la cuestión. Comencé por consultar un diccionario griego, cuyas referencias me permitieron remitirme a diferentes autores y a sus textos. Así pues, poco a poco se fué esbozando el esquema cuya elaboración ha dado estas páginas sobre la glosolalia.

El término «glosolalia» es un neologismo que, siguiendo el genio de la lengua griega de colocar el determinado antes que el determinante, ha sido formado por los escritores modernos¹ a partir de la expresión «hablar en lenguas» («glossais lalein») con la que S. Pablo designa el fenómeno descrito en la primera carta a los Corintios, especialmente en el capítulo XIV.

(1) Higenfeld, Ad.: *Die Glossolie in der alten Kirche*. Leipzig, 1850. Es el primer autor moderno, encontrado por mí, en cuya obra se opera la unión de los dos términos.

El determinado «glottai» tiene un sentido técnico en la lengua griega que conviene aclarar, siguiendo las enseñanzas de Aristóteles a este respecto en sus libros de *Poética*² y *Retórica*³.

«Glottai» en Aristóteles

Las «glottai» son nombres o verbos (*Poét.* 1458 b 24) que, por oposición a los «kurioi» (palabras corrientes), son extraños al uso cotidiano (*Poét.* 1458 a 22), ya sea porque se trata de palabras «arcaicas» (*Ret.* 1357 b 9), desconocidas (*Ret.* 1410 b 12), o porque se aplican de un modo metafórico no habitual, como en el caso del sofista Lycophron quien se sirve del adjetivo «peloros» (enorme) para indicar —no sin ironía— la grandeza de Jerjes y de sus hazañas (*Ret.* 1406 a 6).

Esta característica de lo inhabitual hace que la utilización de «glottai» en el lenguaje escrito le conceda a éste un tono de nobleza (*Poét.* 1458 a 22), de gravedad (*Poét.* 1459 b 35), altura y énfasis, motivo este último por el que Aristóteles recomienda su uso en la poesía heroica y épica (*Ret.* 1406 b 2), si bien con moderación, ya que todo exceso podría ser tachado de «barbarismo» (*Poét.* 1458 a 22).

En este mismo orden de ideas, A. Meillet afirma: «No basta el uso de un lenguaje nítido para hacer poesía, sino que ésta exige el empleo de palabras nobles y un tanto extrañas».

Siguiendo el análisis aristotélico podemos decir que las «glottai», sobre todo por su carácter arcaico, equivalen a «idiotismos» de una lengua —escrita o hablada— cuya especificidad subrayan. Tal, por ejemplo, la conservación en la lengua francesa de la declinación de los pronombres personales como por ejemplo «il», «lui», «leur»... o expresiones como «petit bouchon» —aplicado a la infancia— completamente intraducibles a otra lengua diferente.

(2) Hardy, J., traductor de la *Poética* de Aristóteles («Les Belles Lettres», París, 1969), traduce el término griego «glottai» por «mots insignes», y lo justifica en la página 61, nota (1), del texto citado.

(3) Dufour, M., traductor junto con Wartelle, A., de la *Retórica* («Les Belles Lettres», París, 1973), traduce «glottai» por «glossèmes», sin justificar su elección.

En sus *Institutiones*, Quintiliano afirma: «glossemata (...) voces minus usit tae (...) lingua secretior quam graeci 'glossas' vocant» (*Inst.* I, 8).

(4) Meillet, A.; *Aperçu historique de la langue grecque*. París, 1965, p. 136.

«Hablar en lenguas» en la primera carta a los Corintios

En este apartado desarrollaré tres cuestiones: 1.º El lugar que ocupa «hablar en lenguas» en las dos listas de carismas (1 Cor XII, 4 - 10; 1 Cor XII, 1 - 3); 2.º La relación entre «hablar en lenguas» e «interpretación»; 3.º Dialéctica entre «hablar en lenguas» y «profecía».

1.º En la primera enumeración que S. Pablo hace de los «carismas», el «hablar en lenguas» ocupa el último lugar de la lista, y aparece asociado al carisma de «interpretación de lenguas» («hermeneia glosson», 1 Cor XII, 10.30).

Sin embargo «hablar en lenguas» ocupa el primer lugar de la segunda lista de carismas, donde S. Pablo expone el criterio por el cual se reconoce la verdad de dichos carismas, a saber, el «agape» (1 Cor XIII, 1-3).

Este desplazamiento que Pablo opera en las dos listas recién citadas merece un comentario.

Los exegetas del texto⁵ subrayan el hecho y lo interpretan. En su opinión, S. Pablo intenta reducir la importancia de un carisma tan ambicionado en la comunidad de Corinto, donde había llegado a erigirse en fuente de conflictos y de rivalidad en el interior del grupo.

A la cuestión de por qué había tomado tal dimensión y amplitud dicho carisma (1 Cor XIV, 27), algunos autores encuentran respuesta en la analogía de dicho fenómeno con el de algunos cultos antiguos⁶ practicados en la ciudad de Corinto que, después de la crisis política y económica de Atenas, se había convertido en el centro más importante de Grecia, y cuyo estilo de vida había merecido la creación de un neologismo –«korinthiadzein»– para indicar su excentricidad⁷.

2.º En las dos listas mencionadas, al carisma de «hablar en lenguas» debe ir siempre unido el de «interpretación de lenguas» para que el glosolalia pueda expresarse en la asamblea. De lo contrario, como las mujeres (1 Cor XIV, 34-35), deberá callarse en las reuniones litúrgicas (1 Cor XIV, 28).

(5) Allo, E.-B.: *Première Epître aux Corinthiens*. Paris, 1934, p. 326.

(6) Lombard, E.: *De la glossolalie chez les premiers chrétiens et de phénomènes similaires*. Lausanne, 1910, p. 99.

(7) Aristophane; *Aristophanis Comediae et perditarum fragmenta*. Fr. 133. Parisii, 1838, p. 466.

Y, de todas maneras, incluso en el caso de coincidir varios glosolalos en una misma celebración, el interprete será uno solo (1 Cor XIV, 27). Parece pues que los dos carismas no recaían sobre la misma persona, ni ocupaban un mismo rango.

Por otra parte, la expresión «hablar en lenguas», usada para designar el fenómeno de la comunidad de Corinto, es diferente de otras expresiones del Nuevo Testamento que incluyen también el término «glottai». Así por ejemplo, «hablar en otras (heterais) lenguas» (Het II, 4), «hablar en nuestras (hemeterais) lenguas» (He II, 11), designa uno de los aspectos del Pentecostés narrado por S. Lucas. Precisamente, el paso de las lenguas que se contemplan a las lenguas en que se habla, y que, a diferencia de la glosolalia de Corinto, «todos» entendían (He II,11).

Así pues, «hablar en lenguas» no es una «xenolalía», ni la «interpretación de lenguas» una traducción.

3.º) Antes de pasar al análisis del capítulo XIV de la primera carta a los Corintios, conviene hacer tres observaciones de orden metodológico. Ante todo, la glosolalia se presenta en relación dialéctica con la «profecía». En segundo lugar, hay que distinguir la glosolalia con interpretación y la glosolalia sin interpretación, siendo esta última objeto de las críticas de S. Pablo. De no establecer tal distinción, resultarían contradictorias algunas de las afirmaciones sobre la naturaleza misma del fenómeno (cf. 1 Cor XIV, 2,22).

En tercer lugar, y como consecuencia de su presentación dialéctica con la «profecía», «hablar en lenguas» es introducido en el texto por el adverbio negativo.

Análisis del texto de 1 Cor XIV

Para S. Pablo, que era glosolalo (vv. 18-20), «hablar en lenguas» es un don de origen divino (v. 10), una señal (v. 22) no uniforme, puesto que hay diversas clases (cf. 1 Cor XII, 10: ghene glosson), destinada a los incrédulos y no iniciados (v. 24), y proferida en voz alta (vv. 5.23.27).

El análisis del texto me ha llevado a considerar además dos grupos de características en función de dos modelos: la profecía y los instrumentos musicales.

El primero, cuyo modelo es la profecía, afirma «in recto» sobre todo el aspecto no comunitario del «hablar en lenguas», cuyas características son precedidas del adverbio negativo «no».

Así pues, de su nota más sobresaliente que es su no inteligibilidad (vv. 2.9) ni para los demás (vv. 2.23), —aunque se puede vislumbrar su intención (vv. 14-17)— ni para quien posee el carisma o por él es poseído, pues no entiende lo que dice (v. 14), S. Pablo deduce que «hablar en lenguas» no se dirige a los hombres (v. 2), sino al aire (v. 9), a Dios (v. 2).

No dirigiéndose a los otros, sino al Otro, no es un carisma comunitario (v. 4), ni trasmite ningún saber religioso (v. 6) que pueda nutrir a los creyentes o despertar la adhesión en los oyentes (v. 16). Por el contrario, es causa de desorden (vv. 32.40) y de críticas en la asamblea (v. 23).

«In obliquo» el texto afirma que «hablar en lenguas» es un hablar infantil (v. 20; cf. etiam 1 Cor XIII, 11), irracional (v. 14), incontrolado (v. 32), femenino, puesto que sobre él recae la misma imposición que afecta al discurso de las mujeres en la Iglesia (vv. 34-35), de locos (v. 23).

El segundo grupo de características se deduce de la comparación entre «hablar en lenguas» y el sonido producido por diferentes instrumentos musicales (v. 6ss).

Los instrumentos musicales tomados en consideración, la guitarra y la flauta (vv. 7-8), sugieren que «hablar en lenguas» no era un lenguaje de transmisión intelectual sino más bien del orden del sentimiento.

Sonidos inciertos y oscuros (v. 8), inarticulados (v. 7), estridentes (cf. 1 Cor XIII, 1). Un alboroto y no una melodía, como podrían ser los gritos emitidos en los cultos místicos de Dionisos o de Cibele, o en los oráculos de Cumas. Y también como el griterío de las lamentaciones funerarias⁸.

Después de exponer los caracteres con que el capítulo XIV de la primera carta a los Corintios designa el «hablar en lenguas», una conclusión aparece con suficiente claridad: que S. Pablo sabe bien cuál es la función del discurso en el seno de la comunidad eclesial, según el modelo de la profecía. Transmisión consciente de un saber religioso, cuyos efectos son previstos y buscados (v. 2), y cuya finalidad consiste en hacer prosélitos (vv. 24-25). Una tal comprensión no impide, sin embargo, que se produzcan comunicaciones incomprendibles.

(8) Evangelio de S. Marcos, donde aparece el mismo verbo griego utilizado por S. Pablo: «alaladzein» (cf. Mc V, 38; 1 Cor XIII, 1).

La «glosolalia» del Dr. D. Lagache

En su libro *Les hallucinations verbales et travaux cliniques*, D. Lagache⁹ dedica un estudio a «las impulsiones verbales alucinatorias de las que forman parte las «palabras inspiradas». Y, dentro de esta clase de alucinaciones verbales, el autor distingue tres grupos diferentes: 1.º Las glosomanías y las glosolalias verdaderas. 2.º Neologismos y lenguajes neológicos. 3.º La esquizofasia, «o lenguaje de los dementes precoces» (p. 33).

El elemento común que constituye cada uno de los grupos en alucinaciones verbales consiste en la alienación de la palabra (p. 36). Es decir, que el emite de palabras no sólo no las reconoce como suyas, sino que se empeña en afirmar que le vienen del «exterior», bajo forma de inspiración.

Ahora bien, las notas específicas con que D. Lagache diferencia la «glosolalia verdadera» de las formas restantes de alucinaciones verbales y no de la «glosolalia falsa», de la que no habla en su texto, pero de la que se deja suponer su existencia, son las siguientes: esfuerzo voluntario por parte del enfermo —«esquizoide, esquizómano, o esquizofrénico»— por crear una lengua nueva formada de neologismos sobre la base de la lengua materna, o en todo caso de una lengua conocida del enfermo. Una tendencia además a componer palabras en forma inhabitual, acertada.

Sobre la sede de tal alienación, D. Lagache afirma:

«El título de alucinaciones-impulsiones no puede ser atribuido a ningún fenómeno elemental perceptible por los sentidos, sino a un estado mental y a ciertas disposiciones (...). Tales disposiciones (...) se desarrollan gracias a un estado mental especial que se caracterizaría por una deficiencia mental particular y por una excitación psíquica y psicomotora» (p. 35).

La cuestión ante la que el texto de D. Lagache nos sitúa es la de saber cómo elaborar —en el sentido etimológico del término— la volición creadora de un lado, y la alienación de la palabra del otro.

Dicho en otros términos: ¿en qué consiste la locura del glosolalo verdadero? ¿Es un alienado porque osa afirmar que «sus» palabras provienen del exterior, o porque no deja de creer que él es creador de su discurso?

(9) Lagache, D.: *Les hallucination verbales et travaux cliniques*. Paris, 1977, pp. 32-37.

Conclusiones

Al final de este recorrido por tres autores, distantes en el tiempo y que representan tres áreas del saber –filosófico, teológico, psiquiátrico–, no me queda sino constatar que cada uno de ellos, a pesar de emplear un mismo significante –«glottai»– designa fenómenos tan diferentes por el contexto en que los sitúan, por las características con que los ornan, y por la valoración con la que los consagran, que cualquier tipo de unificación o síntesis se me hace impensable.

Los tres autores citados evocan, sin embargo, con mayor o menor intensidad, una huella común inscrita en las «glottai»: su originalidad, sea que la enuncien como arcaísmo, infantilismo o regresión (enfermedad)¹⁰.

A partir de esta denotación se podría quizás precisar mejor el fenómeno de la glosolalia, utilizando también los estudios recientes que desde el campo de la fonética y de la lingüística han sido llevados a cabo.

Cosa curiosa, algunas de estas publicaciones consultadas por mí y de las que sería posible dar cuenta en un futuro artículo, coinciden en afirmar que la glosolalia, sin llegar a ser una verdadera lengua instituida o inventada por juego, conserva sin embargo algunos rasgos de las lenguas registradas como tales, a saber su «carácter elemental».

Precisar pues el fenómeno, y determinar con cierto rigor las diferentes áreas en las que es estudiado, me parecía condición necesaria para evitar, en la medida de lo posible, su utilización equívoca. La glosolalia, supuestas todas las posibles definiciones que los saberes constituidos nos brindan, implica además la existencia de alguien que hable en lenguas. Sujeto alienado para unos, causa de desorden para otros, y para casi todos me atrevería a decir, que es un sujeto que despierta nuestra curiosidad con cierto tinte de extrañeza e inquietud¹¹.

(10) Lagache da por supuesto que la glosolalia es un síntoma patológico sin detenerse siquiera a examinar en qué consiste tal fenómeno lingüístico. Una vez etiquetado el fenómeno como síntoma psicótico quedan cerradas cuestiones extremadamente importantes de la subjetividad.

(11) La glosolalia, en su forma «inquietante», pone en cuestión un supuesto saber sobre la comunicación. Más concretamente, cuestiona un saber sobre la comunicación de la que el sujeto está ausente. Cuestiona una comprensión unilateral del objeto de la comunicación: recto-equivocado, bueno-malo...

Por otra parte, los grupos donde hay comunicaciones extra-ordinaria plantean la cuestión de que no sabemos qué hacer con ellas. Que existan espacios donde algunas personas puedan expresar algo de ellos mismos, me parece una conquista. Por mi parte no estoy ni por ni contra los glosolalos. He intentado evitar un modo –casi el único– de abordar la cuestión. A saber: si la glosolalia es un fenómeno patológico o no. No me parece que la cuestión esté ahí, pues,

En resumen:

1.º) El término «glosolalia» no es unívoco, sino que designa fenómenos extremadamente diversos. Por tanto su utilización no debería ser arbitraria.

2.º) Siendo la glosolalia un fenómeno que se relaciona con el orden del lenguaje de un modo muy singular, su problemática no puede ser adecuadamente abordada fuera de una teorización del sujeto como sujeto parlante, a quien Jacques Lacan designa como «parlêtre». En este sentido las observaciones del Dr. Lagache me parecen por lo menos inadecuadas, si no claramente erróneas. Pues la «locura» no consiste en afirmar que las palabras con que nos expresamos provienen del exterior, —es decir, nos son dadas—, sino en que tal afirmación no sería anunciada por ningún sujeto, sino por un cuerpo a la deriva en medio de un mar de palabras que lo inundan y atraviesan.

3.º) ¿Es la glosolalia un síntoma de locura? La cuestión permanece avierta o a lo más es solapadamente denunciada. La verdad es que no hace falta ser glosolalo para ser loco. Ni la locura depende de un acto de voluntad, es decir que no es loco el que quiere.

J. Cacho

como dice Pascal, la locura es la cosa mejor repartida entre los hombres. O lo que sería equivalente: no hace falta ser glosolalo para ser loco. He intentado abrir la cuestión por otros senderos: los del sujeto y su deseo.